

## La IA se ha colado en nuestras vidas

Estamos siendo testigos de una nueva revolución —la enésima— que ha venido para quedarse y que transformará nuestras vidas y nuestras sociedades de múltiples formas: algunas previsibles y otras completamente desconocidas. Como ocurrió con otros grandes avances tecnológicos —la electricidad, los coches, la televisión, los ordenadores o Internet—, su adopción resulta imparable. Las ventajas inmediatas suelen imponerse sobre los costes, y nuestra naturaleza humana nos empuja a fijarnos más en los beneficios que en los posibles riesgos, que a menudo tardan en hacerse visibles.

No se me entienda mal: creo firmemente que el progreso tecnológico es, en esencia, algo bueno para la humanidad, quizá lo mejor que producimos como especie. Pero todo avance, por brillante que sea, arrastra también una parte oscura que no conviene ignorar y que solo puede afrontarse con una herramienta poderosa: el conocimiento.

Durante la mayor parte de la historia, la tecnología era comprensible para la mayoría de las personas. No hacía falta una formación altamente especializada para entenderla o reproducirla. Sin embargo, esto cambió radicalmente con la era digital. Hoy existe un abismo entre el uso cotidiano de la tecnología y el conocimiento de sus fundamentos. Nunca se ha utilizado tanta tecnología y, al mismo tiempo, nunca se ha sabido tan poco sobre cómo funciona. Cuanto mayor es ese divorcio, más propensos somos a la manipulación o a aceptar explicaciones casi mágicas.

Si nos centramos en la inteligencia artificial, la pregunta surge sola: ¿quién sabe realmente lo que es? Ese desconocimiento puede generar dos actitudes opuestas: el rechazo o la aceptación incondicional. Rechazarla sin más sería absurdo, porque la IA puede aportar mucho a nivel social: detección de enfermedades, diseño de fármacos y materiales, desarrollo de software y un largo etcétera. A nivel cotidiano, automatiza tareas repetitivas, libera tiempo para actividades creativas y mejora la eficiencia en sectores como la educación o la administración.

Sin embargo, no debemos depositar en ella una confianza ciega, especialmente cuando la usamos en búsquedas o en chats. Emplear la IA de forma acrítica puede tener consecuencias negativas, y esto empieza a notarse entre los jóvenes. Algunos estudiantes copian respuestas generadas por IA sin reflexionar ni elaborar su propio pensamiento, lo que puede empobrecer habilidades cognitivas esenciales: la creatividad, la atención y la comprensión profunda.

A esto me refería al hablar de los costes ocultos de cada nueva tecnología. En mi propia experiencia, he mantenido conversaciones con varios asistentes virtuales —gratuitos— y en todos los casos llegó un punto en que me ofrecieron información falsa, a veces con tanta convicción que parecía que intentaban engañarme. En alguna ocasión incluso aportaron enlaces inexistentes, descritos con todo detalle, que luego resultaban imposibles de encontrar. Y cuando los confronté, la IA “se disculpó” y reconoció que se los había inventado. Yo pude detectarlo porque fui persistente y crítico, pero me pregunto: ¿hacen lo mismo nuestros estudiantes?

El fenómeno de la inteligencia artificial abarca múltiples dimensiones: sociales, económicas, científicas, psicológicas y éticas. Y algunas de sus manifestaciones más recientes son especialmente inquietantes. Una es la adicción, ya muy extendida por el uso compulsivo de los dispositivos móviles. Otra, quizá más preocupante, es el

aislamiento emocional: la sustitución de las relaciones humanas por vínculos virtuales con chatbots diseñados para ofrecer compañía, apoyo emocional o incluso relaciones románticas o sexuales. No faltan ya historias reales de personas que mantienen vínculos estables con sus “parejas digitales”, llegando incluso a celebrar ceremonias virtuales de matrimonio. Todo ello refleja, y a la vez alimenta, una creciente soledad social y una dificultad cada vez mayor para relacionarnos con otros seres humanos.

Y así llegamos a una pregunta final. En los orígenes de la inteligencia artificial se hablaba del “test de Turing”, diseñado para evaluar si una máquina podía imitar el comportamiento humano de forma indistinguible. Si un evaluador no lograba saber si hablaba con una persona o con una máquina, se consideraba que la IA había pasado la prueba. Pues bien, ahí va la pregunta: ¿puedes distinguir si este artículo lo he escrito yo o una máquina?